

Amor y licantropía

Luis Mateo Díez



LOBO
Adolfo García Ortega
Ollero y Ramos
Madrid, 2000

Es bastante habitual que los relatos policiales, también los de misterio, comiencen con un hallazgo, generalmente con un hallazgo truculento: por ejemplo, un cuerpo carbonizado en el incendio de una estación de metro. La novela de Adolfo García Ortega empieza así, y en la configuración del misterio que acarrea ese cuerpo se invierte un detallado informe lleno de referencias policiales y forenses.

En seguida podemos entender los lectores que el autor va a servir con prontitud y disciplina al género al que sin duda pertenece la novela, pero va a hacerlo con la infidelidades que lo ponen al día y, sobre todo, desde su particular mirada, desde sus gustos y obsesiones.

Nada le falta a la fábula de la tensión que se obtiene de las investigaciones problemáticas, de la emoción de los descubrimientos y las sospechas, de la sorpresa que orienta el ánimo suspendido. La fábula se contamina, además, por la vía del policial, del misterio y del terror, con una sabia mezcla de elementos variados, las infidelidades le dan un tono impuro.

El relato cuenta por acumulación una historia que parte del truculento hallazgo y llega bastante más lejos de lo que pudiéramos pensar o creer. Ese modo de contar por acumulación es una forma concéntrica de hacerlo; quiero decir que el autor acumula acciones, voces, variaciones entrelazadas, que conflu-

yen en un núcleo, que enriquecen y administran la historia. Del cuerpo calcinado a la angustia final del investigador que llega a saber demasiado, tanto que puede sentirse en el cepo, hay un camino que se abre y se cierra, unas cuantas anillas que también apresan, como debe suceder en las buenas novelas de intriga, al lector. El lector está atrapado, el lobo también viene a por él.

Quien haya leído otros libros de Adolfo García Ortega, *Mampaso*, *Los días rusos* o esa novela tan fascinante como secreta que se titula *Café Hugo*, encontrará fácilmente la línea de continuidad no sólo en la escritura, en el gusto por la indagación y la extrañeza de lo cotidiano, sino también en el planteamiento innovador de sus fábulas, siempre tramadas con tanta estilización como eficacia.

Lobo es, además o sobre todo, una historia de amor y licantropía, en la que la vertiente fantástica de la misma irrumpe como una metáfora, como un desatino, como el resultado de una terrible obsesión. Ese clima de obsesión es el que nutre también la peligrosa curiosidad del investigador más conspicuo de la trama, un ser que se acaba mirando en el abismo.

Pieza clave de la fábula es precisamente el diario del asesino, un texto que ilumina hacia adelante y hacia atrás, o desde el centro mismo del círculo narrativo, el total de la historia, y que matiza el sentido de la misma, la angustia de una irreprimible autodestrucción, la propia angustia de una pasión amorosa que contiene el ímpetu y la ternura de las alimañas. □